
Venida del Primogénito

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8648

Título: Venida del Primogénito

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 4 de agosto de 2025

Fecha de modificación: 4 de agosto de 2025

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

I

Con la estación que había llegado, el cielo se apaciguó por varios días; y en los yermos plantíos a que trastornaron los chubascos sin fin, la mano del quintero puso un poco del orden que era necesario. Por el sol de los establos lejanos las jóvenes vaqueras cruzaban con ramas floridas; las brisas tornábanse livianas; los pavos reales --recobradas sus grandes plumas-- exhibían como reinas quietas su decorativa visión.

Y como la fecha de nuestros esponsales fuera ya algo fugaz, bajo el aire matinal en que tu cintura iba --como una asaz joven señora-- a buscar el apoyo de los grandes árboles, el nanzú de tus corpiños, los cinturones difíciles, las faldas oscuras que para mi comenzaban a ser sensatas, supuse que podrían muy bien ser las ropas de una mujer encinta.

II

Y surgieron las primeras entrevistas: Juana, la hermana menor, a quien el piano era grato; Estela, bien amada del padre, dormía con lámpara encendida; Doralisa, cuyas equívocas amistades atraieron sobre sí la vigilancia materna; Perdigona, hábil en el manejo de la casa, era la mayor de todas.

Las cuatro hermanas, en compañía de la que debía ser mi esposa, me escuchaban como a un hermano mayor que hace preguntas sencillas. Y decía a Juana: «El piano es en verdad difícil instrumento». Y preguntaba a Estela: «¿No temes desvelarte con la luz encendida?». Y a Doralisa decía: «¡Ten cuidado, joven incauta!». Y a Perdigona, hacendosa: «Difícilmente ¡oh Perdigona! se hallará precio a tus virtudes».

Familiar así a sus caracteres, uníme con ellas en plácido cariño; de modo que la noche en que la iglesia fue para nosotros bien emocionante --vestidas desde temprano, Perdigona primero, luego Juana, después Estela, Doralisa última de todas, en el último cortejo--, las cuatro hermanas nos seguían. Nuestra casa de novios fue alegre mientras cruzaron sus maliciosas sonrisas. Y sólo yo con mi esposa hubimos de abrazarnos con ternura cuando --abiertos los sobres que nos dejaran las cuatro hermanas-- leímos en cada uno de ellos el nombre elegido para el que debía ser retoño de mi raza.

III

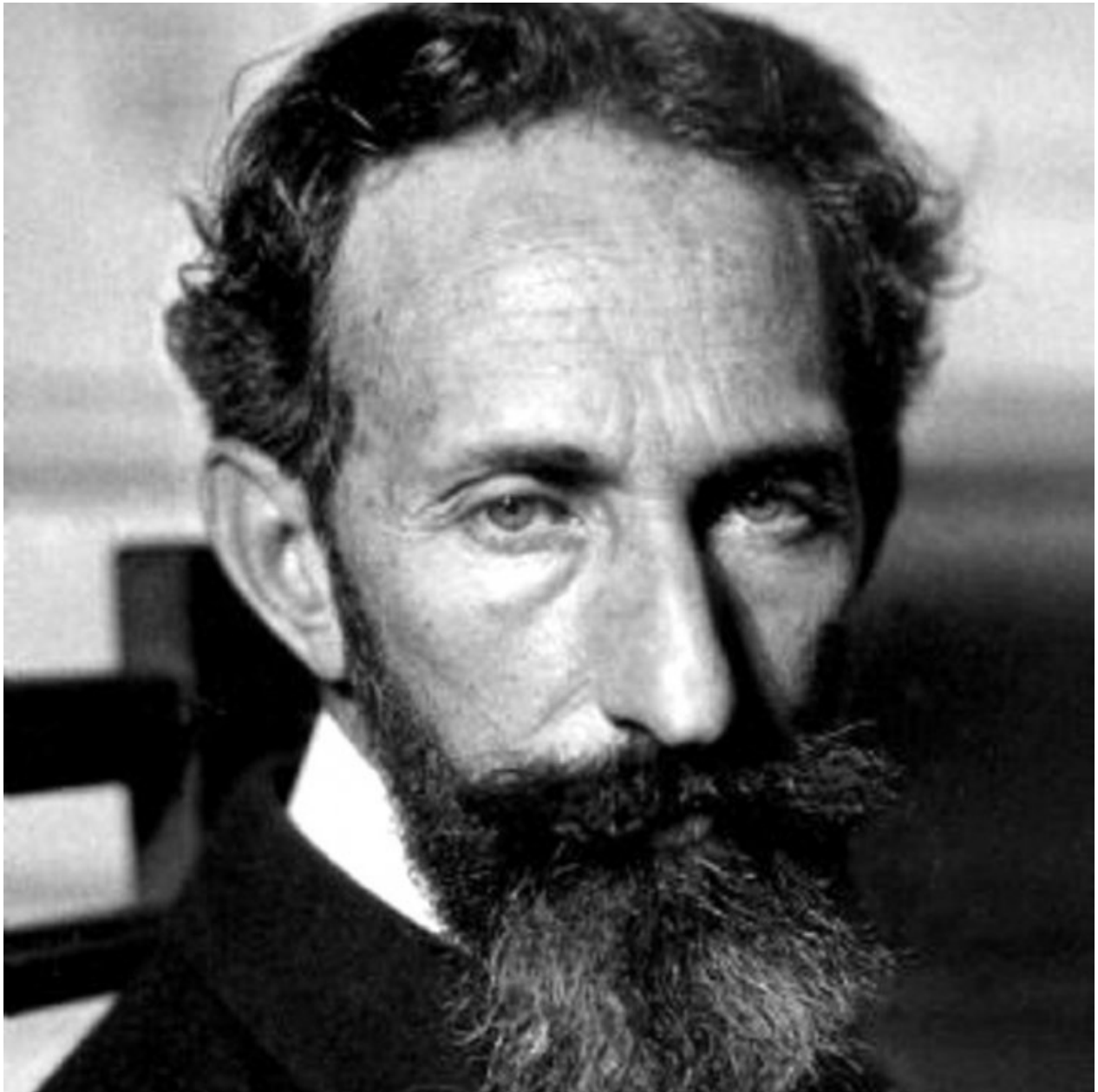
El señor obispo, amigo y protector de mi familia, nos favorecía con su amistad, y sus recuerdos prolongaban las veladas como una voz cordial que predica desde el lago: eran niños comulgados, a veces, cuyos labios gustaban la sagrada hostia; jóvenes campesinas que hicieron dos jornadas para ver al obispo en misión; tardes de piadosos besos, en que sus manos eran muy estrechadas, detalles múltiples que no siempre fueron puros. Y nuestro venerable amigo, inclinándose a mi oído, me contó como en una noche venial se sustrajo --nerviosas aún por las riendas de los grandes trotones que volvían de las carreras- a las manos áridas de una mujer en deseo.

IV

En pos de la primavera llegó el verano, y en esta estación, como en la bella fábula de La Fontaine, hice con mi esposa largo acopio para el invierno. Por los primeros días de abril, las cuatro hermanas venían a buscarnos y salíamos. Doralisa, ufana de mi brazo, establecía las distancias, y en el claro otoñal de las florestas me mostraba, riendo, la escasa vigilancia del guardabosque, enamorado como una mujer.

Luego, Estela huía de las alamedas demasiado umbrosas; la hermana menor y la mayor pescaban; Doralisa, despierta, reñía alegremente conmigo. El día deslizábase así, lleno de plácidas horas, hasta que mi voz llamaba al retorno, cuando Juana y Perdigona --recogidas las blancas enaguas-- subían a pie enjuto la húmeda vertiente. Y en los paseos aquellos para los cuales Estela, temerosa del frío, no abandonó sus cortas capas, justo es decir que mi esposa llevaba a nuestro primogénito en brazos.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)